

Fueron sus principales redactores don Antonio María Fabié, don Ramon Rodríguez Correa, don Gustavo Adolfo Bequer, don Francisco Botella y don Juan Valera.

El partido progresista se preparó también a la lucha contra O'Donnell, mostrando el mismo afán por reorganizarse y unirse y no logrando tampoco resultado satisfactorio.

El 26 de setiembre se reunieron en el Teatro de Novedades los prohombres del progreso y allí se discutió un manifiesto que dieron a los electores con fecha del 30. Como era natural, aferrados los progresistas mas intransigentes en los severos principios y tradiciones de su partido, querían hacer a O'Donnell una oposición sistemática; pero otros progresistas, mas transigentes y dóciles, como, por ejemplo, don Claudio Anton de Luzuriaga, se inclinaban del lado de O'Donnell y creían que no debían hacerle oposición. Así fué que el 1.º de octubre, publicaron un escrito que puede pasar por contra-manifiesto, donde, si bien decían que estaban conformes en los principios con los firmantes del manifiesto del día anterior, en cuanto a la conducta se mostraban en la mayor disidencia. Hasta el mismo don Patricio de la Escosura, que en la junta había pronunciado elocuentísimo discurso, haciendo brillante apología de su partido y vehemente oposición a la union liberal, publicó algo a modo de voto particular contra el manifiesto, donde ya se columbraba lo probable y llano de su futuro *resello*.

El mayor furor de las oposiciones contra O'Donnell era el afán de este de dar poco menos que por muertos ó disueltos a los antiguos partidos; pero esto era condicion indispensable para que el suyo medrase y durase. A fin de que el lugar de asilo se pueble, fuerza es que no haya ó que se suponga que no hay estabilidad y seguridad en aquellos puntos de donde los pobladores acuden.

Tal era la respectiva situacion de la union liberal y de los partidos que se le oponían, cuando, segun estaba anunciado, se abrieron las Cortés el día 1.º de diciembre en el palacio del Congreso.

Para la presidencia del Senado fué nombrado por el gobierno el general don Manuel de la Concha, marqués del Duero. El Congreso eligió por su presidente a don Francisco Martínez de la Rosa.

El discurso leído por la Reina en el acto de la solemne apertura, fué menos explícito de lo que se esperaba. Por su vaguedad é indeterminacion, como obra al cabo del señor Posada Herrera, no satisfizo a nadie y defraudó las esperanzas de todos. Es verdad que afirmaba algo positivo como el cumplimiento de la desamortizacion civil; negociaciones con Roma para acabar de vender los bienes de la Iglesia; una ley de imprenta estableciendo el jurado; y grandes proyectos de hacienda y de mejoras materiales; pero el espíritu político del discurso estaba muy oscuro y no tanto quizá por disimulo y habilidad diplomática como porque su autor no sabía qué pensar ni tal vez tenia nada que decir de terminante y de concreto. Así es que se espaciaba en aquellos lugares comunes con que todos estos documentos suelen llenarse. Había *progreso seguro aunque lento; reforma de lo presente sin destruirlo; conciliacion de los buenos españoles; práctica sincera del régimen constitucional*, y otras frases huecas y manoseadas por el estilo.

Todo ello demostraba que la union liberal carecía de pensamiento político a no ser que por política se entendiese la negacion de toda política. A fin de ocultar esta negacion apelaba la union liberal a medios tan ofensivos é insolentes que la hacían en extremo aborrecible a los hombres de cualquier otro partido que no le era infiel y le abandonaba para entrar en ella. Prueba curiosa é importante de este sentimiento es el opúsculo del señor Bravo Murillo titulado *Apuntes para la historia de la Union liberal*. En él trata de probar, no sin buena copia de razones, que la union liberal, a falta de ideas y de pensamiento propio, vivió de la denigracion y difamacion de cuanto fuera de ella habia en España, empezando por el trono, a quien en 1854 acusaba de que le deshonraban camarillas. Cierta que la union liberal no habia nacido aun, pero entonces fué concebida en dicho pecado original. Despues continuó con el mismo método difamatorio, mas ó menos in-

directo. Al llamar a su seno con insistencia y de cierto modo a los hombres honrados de todos los partidos, parecia que negaba la posibilidad de conservar la honradez en los otros. En nombre de la honradez convidaba, pues, la union liberal a la apostasia, pero presentando esta apostasia como temporal, consecuente y sin resultados graves. Ni el conservador ni el progresista, que se resellaban, dejaban de ser en cierta manera progresista el uno y conservador el otro. Como supone bien el señor Bravo Murillo el moderado podia decir: «Se siguen los principios del partido a que he pertenecido, porque no hay milicia nacional, porque se procura mantener el orden público a toda costa, refrenar la licencia de la prensa y sacarnos de la postracion en que yacemos; y sobre todo, la tendencia es a los principios de mi partido, y cuando el ministerio de union liberal tenga que tomar una actitud decisiva, como será preciso, se echará completamente en brazos del partido progresista.» Un progresista podia decir a su vez: «El ministerio adopta las doctrinas del partido progresista, tales como la experiencia ha demostrado que son provechosas: no hay milicia nacional, pero esto no es esencial para la libertad: se derogarán la reforma de Narvaez y la ley de imprenta: la desamortizacion se llevará a efecto: y sobre todo, la tendencia es a los principios de mi partido, y cuando el ministerio de union liberal tenga que tomar una actitud decisiva, como será preciso, se echará completamente en brazos del partido progresista.» Así concebían esperanzas, aunque fuesen del todo contrarias, progresistas y conservadores, y gran multitud de unos y de otros se pasaba a la union liberal y acrecentaba sus filas. La union liberal en cambio se veía obligada, por prudencia, a lo que de antemano se hallaba predispuesta a hacer por esterilidad de ideas: a no resolver muchas cuestiones.

Como no afirmaba teorías, tuvo que formular acusaciones y que suponer ó denunciar en las otras parcialidades políticas graves faltas y delitos, a los que venia a poner coto. No sin motivo dice Bravo Murillo que «la union liberal hizo manifestaciones grandemente ofensivas al parlamento y a los gobiernos anteriores; destructoras ó mas bien despreciadoras de la legalidad, y humillantes para cuantos están llamados a intervenir en la cosa pública y para la nacion entera.»

Para justificar la medida dictatorial de rectificacion de las listas electorales, Posada Herrera tuvo que acusar en el preámbulo, sin distincion y sin excepcion, a todos los ministerios que habian hecho elecciones, desde que empezó en España el régimen constitucional, de haber restringido ó modificado el sufragio a su capricho, de haberse burlado de la ley y de haber adulterado constantemente los elementos de que el cuerpo electoral debe componerse. Como ni el ministerio O'Donnell ni el señor Posada Herrera podían atribuirse mayor severidad y rectitud y no podían dar tampoco mayores garantías de prevision y conocimiento, no podían tampoco dar por seguro el remedio de los vicios que denunciaban. Antes bien ofrecían ocasion a que la gente imaginase que las listas amañadas, sin la rectificacion, a gusto de los conservadores, iban a quedar amañadas, despues de la rectificacion, a gusto de los unionistas.

Abiertas ya las Cortés, la oposicion, tanto en el Senado como en el Congreso, fué igualmente fuerte. Por lo mismo que la union liberal acusaba a los partidos, progresista y conservador, de ser partidos muertos, los hombres de estos partidos se afanaban por dar señales de vida. El marqués de Molins, el duque de Rivas, Gonzalez Brabo y Moyano, atacaban duramente al ministerio O'Donnell por su volubilidad, sus arbitrariedades y su falta de política y de sistema. En estos ataques estaban de acuerdo; pero solía resultar entre ellos una contradiccion de malísimo efecto cuando unos tildaban al gobierno de demasiado poco liberal y otros le tildaban de demasiado liberal, segun que los conservadores se inclinaban en la tribuna a la política representada por *La España* ó a la representada por *El Contemporáneo* en la prensa.

*La España* era un periódico, que no habia muerto como *El Horizonte* y *El Estado*, cuando *El Contemporáneo* nació; que estaba dirigido ó sostenido por don Pedro Egaña y tal vez por otros conservadores, que se sustraían al influjo de don Luis Gonzalez Brabo, don Alejandro de Castro y demás del grupo,

que tan liberal se habia tornado; y que, por lo tanto, aunque mas fiel a las tradiciones del partido, no podia hacer tan viva oposicion a O'Donnell, y aparecía con frecuencia como *resellado*. *La España* y *El Contemporáneo* se disputaban con frecuencia sobre doctrinas y sobre cuál de los dos era el representante del antiguo partido conservador; y esta disidencia menguaba el crédito de ambos y redundaba en favor del partido unionista.

Los ataques de los progresistas puros carecían dentro del mismo partido de esta contradiccion y disonancia, ya que eran los mismos los principios de todos los que no se habian resellado. Llevaban pues ventaja a los conservadores en cuanto a las afirmaciones en virtud de las cuales dirigían el ataque. En cuanto a la censura y enumeracion de las faltas del ministerio O'Donnell, coincidían conservadores y progresistas: todos tildaban al Gobierno y al nuevo partido por su carencia de fe y de doctrina. Calvo Asensio decia, y esto se dijo y se repitió despues en todos los tonos y de todas las maneras posibles: «La union liberal no tiene otra mision que la de destruir; nada ha creado; nada puede crear; no sirve siñó para alimentar las esperanzas de los cándidos y para ofrecer refugio a los fatigados y dar pasto a los ávidos. La union liberal no tiene tradiciones, ni historia, ni principios y no puede tener porvenir.»

Verdad es que contra estas acusaciones de incoherencia y de falta de fe y de doctrina políticas casi siempre salía triunfante O'Donnell de los moderados con el monótono recurso de acusarlos de mas incoherentes y de mas descreídos. O'Donnell tenia además la ventaja de hacer salir como resultado de cada una de estas discusiones, una nueva prueba de aquello en que él habia puesto el fundamento de la union liberal: una nueva prueba de la disolucion, de la muerte de los dos partidos históricos, moderado y progresista. De todo ello sacaba O'Donnell la siguiente conclusion: «Estos debates, decia, ponen en claro el fraccionamiento de los partidos. Por estos debates se viene a colegir la verdad de que ninguno de los dos tiene por sí solo las condiciones necesarias para mantener el orden, el régimen constitucional, la legalidad y el trono de la Reina.»

Los partidos moderado y progresista, ya en la prensa, ya por medio de sus representantes en los cuerpos colegisladores, parecían como pagados para dar a O'Donnell la razon. Olvidados de que O'Donnell era el enemigo comun y recordando sus antiguas enemistades, se empeñaban a veces en furiosa lucha el uno contra el otro, haciendo a O'Donnell juez del campo y dándole sobrado motivo y ocasion para que los pusiese en paz y los amonestase a fin de que fueran mas reposados y juiciosos, por honra al menos y por decoro del gobierno representativo. En tales momentos O'Donnell exclamaba: «Orden, señores diputados; no desacredeiteis el parlamento. Estas escenas tumultuosas son un triunfo para los enemigos del régimen constitucional. Suplico al presidente y suplico al Congreso que pongan término a esta contienda, a fin de que no demos a los adversarios del gobierno representativo el derecho de decir que tal clase de gobierno es imposible en España.» Menester es confesar que los moderados daban mas ocasion que los progresistas a este género de reprimendas, llevados a veces de antiguos rencores, y por cosas pueriles que en realidad importaban poquísimo, como, por ejemplo, la célebre cuestion de la estatua de Mendizabal. En nuestro sentir, desde el punto de vista liberal en todos sus matices, nadie mejor que Mendizabal merecía una estatua. Sin su medida revolucionaria de apoderarse de los bienes de la Iglesia es probable que en España no hubiera reinado Isabel II sino don Carlos. Tan grande era pues ó debía ser el valer de Mendizabal para todos los partidarios de Isabel II. Pero supongamos que en este punto sea erróneo nuestro sentir y que Mendizabal no valiese para los isabelinos lo que nosotros creemos que valia. En esta hipótesis, los moderados hubieran tenido razon en oponerse a que a expensas del Tesoro, por ley de las Cortés ó por decreto del gobierno, se erigiese una estatua a aquel famoso personaje; pero nunca la tuvieron para oponerse a que por suscripcion de unos cuantos particulares se hiciese la estatua, y luego, con permiso del gobierno ó mejor dicho del ayuntamiento y hasta si se quiere de la Real Academia de San

Fernando ó de otra cualquiera junta de peritos en las artes del diseño para garantizar que la estatua no era un mamarracho, se permitiese su colocacion en cualquier sitio público. Por contrapeso de la honra y distincion que podia tener el partido progresista en poner en sitio público la efigie de Mendizabal, los conservadores, en lugar de oponerse, hubieran podido costear otra estatua de algun personaje ilustre de su partido y colocarla en otra plaza ó en la misma en que estaba la estatua de Mendizabal. De esta suerte hubiera habido dos estatuas en lugar de una, y, con tal de que hubieran sido siquiera medianas, el aspecto de Madrid hubiera mejorado.

Si a O'Donnell le era fácil triunfar de sus adversarios por lo mismo que estaban tan divididos, le era en extremo difícil, y en esto fué donde él y Posada Herrera mostraron toda su habilidad, conservar la union entre los suyos. La union liberal se parecia a un reino ó imperio, compuesto de diversos Estados; donde cada Estado tiene sus intereses, gentes que hablan lenguas diversas, y creencias é instituciones distintas, y donde todos están unidos por virtud y gracia de un único soberano, en quien se cifra la union, que se llama por esto *union personal*. De esta suerte, por medio de una comparacion que nada tiene de ofensiva ni de burlesca, puede la union liberal ser representada. Pero las oposiciones buscaban para representarla y figurarla imágenes mas ofensivas y chistosas. Don Antonio Alcalá Galiano, orador elocuentísimo en todos los tonos, así en el estilo elevado como en el familiar, lo mismo en lo grave que en las burlas y lo mismo tambien en lo patético y severo que en lo satírico y jocoso, pintó un día en el Senado, por medio de una comparacion denigrante, lo que era la union liberal; su pintura cayó en gracia, y de la pintura nació un apodo con que de allí en adelante la union liberal fué calificada por sus enemigos. Era el apodo *la familia feliz*. Contó el orador que en una feria, no recordamos de qué país, habia visto a cierto hábil domador de fieras y de otras alimañas, quien, en una gran jaula, tenia encerrados multitud de animales de la mas encontrada índole y opuesta condicion que pueden imaginarse. Sin el prestigio del domador, ya merced al castigo que les daba, ya merced al alimento que de él recibían, aquellos animales se hubieran separado huyendo unos de otros, ó se hubieran arañado, herido y hasta devorado sin compasion; pero, merced al domador, a su látigo y a la racion que les propinaba, el perro y el gato, el lobo y el cordero, el milano y la paloma, la garduña y los pollos, y otros seres por el estilo, todos vivían en buena paz y armonía, dentro de la jaula, donde el domador los enseñaba, y sobre la cual habia un rótulo que decia: *la familia feliz*. Aplicados el cuento y el rótulo a la union liberal, esta fué llamada en adelante *la familia feliz*, tanto por las oposiciones, cuanto por aquella numerosa porcion de público que hay en España, mal avenida siempre con todo el que gobierna, maldiciente, descontentadiza y dispuesta a reír, a aplaudir y a divulgar toda difamacion y toda mofa.

Los mas perseguidos y censurados entre los que vinieron a componer la union liberal fueron siempre los progresistas. Hasta las personas mas extrañas a la política sentían que O'Donnell, si era algo, era conservador, y que por lo tanto no era tan grande el cambio ni tan clara y censurable la apostasia de los conservadores que estaban con él; mientras que, respecto a los progresistas, apenas habia nadie que acertase a disculpar su conducta, calificada de *resello*. Hasta esta misma palabra *resello* apenas se aplicó nunca a los conservadores que militaban en la union liberal, aplicándose por lo comun a los progresistas solo. Los progresistas resellados, aguijoneados por las burlas mas acerbas, trataban de defenderse y justificarse, y al hacerlo, ponían, sin querer, mucho mas en descubierta la nulidad de la union liberal como partido que algo afirmase y que pudiese tener condiciones de vida. Don Claudio Anton de Luzuriaga en el Senado y don Modesto Lafuente en el Congreso, al hacer la apología del resello, hicieron la crítica mas acerba de la política de O'Donnell; consideraron su gobierno como una calamidad indispensable y como algo impuesto por las circunstancias; y presentaron el acto de estar adheridos a él, no como procedente de entusiasmo y de fe, sino de resignacion, temporal sacrificio, penitencia ó purgatorio. Suponian que España estaba en condiciones anorma-

